

TEATRO

Apertura del Olimpia con el "Galileo Galilei"

FUNDADO en el '73, a raíz de una edición del Festival de Manizales (Colombia), el GIT (Grupo Internacional de Teatro, formado por españoles y latinoamericanos) acaba de dar el paso más importante de su historia. Primero, por su decisiva participación en la conquista del Olimpia, un cine popular en la plaza de Lavapiés transformado ahora en sala teatral de excelentes posibilidades. Y, segundo, por su montaje de "Galileo Galilei", de Brecht, trabajo, sin duda, más riguroso que todos sus anteriores.

El primer punto supone un desarrollo de la que fue durante años ejemplar política de la sala Cadarso. El Olimpia es mejor local. La presencia del GIT supone la existencia de una compañía semititular. Y las dependencias permiten la planificación de una serie de talleres. Pero el espíritu

de la sala —desde la actitud y condición del público a las características del espectáculo y de la compañía— nace de la larga y ejemplar aventura de la Cadarso, hoy gubernativamente cerrada en base a una reglamentación inaceptable de los locales de espectáculos. En cuanto al segundo punto, también podría decirse que "Galileo Galilei" es a "La madre", su anterior espectáculo, lo que el Olimpia es a la Cadarso.

Esta vez no existen las aren-

gas políticas ni —como en "Ratas y rateros", versión del GIT de "El retablo del flautista"— las claves indisolubles que permiten hablar a gritos de lo que la censura no quiere que se nombre. Esta vez no basta "estar de acuerdo políticamente". "Galileo Galilei" es una pieza compleja, un discurso que debe ser transitado paso a paso, hasta llegar a esa escena última, pasada por muchos a la ligera, en la que Brecht, por boca del físico italiano, hace



"Galileo Galilei", de Brecht, por el GIT.

una severísima corrección —y, en cierto modo, una autocrítica— de ciertos postulados tenidos por revolucionarios hasta la bomba de Hiroshima. Sabido es, en este sentido, que la obra tiene dos versiones. Y que si en la primera Brecht ensalzaba la astucia de Galileo —que habría salvado su vida y recompuesto sus "Discorsi" tras la aparente sumisión a la Iglesia—, en la segunda y definitiva cuestionó claramente el valor político de esa conducta. En principio, la reflexión brechtiana se ciñe al comportamiento de los científicos, rechazando la idea de que los hallazgos de la ciencia son en sí mismos progresivos y preguntándose por el uso —por el dominio— de los descubrimientos. El conflicto formulado por Brecht es evidente: si la abjuración de Galileo consolida la posibilidad de reproducir los "Discorsi" —secuestrados por la Inquisición—, lo cual es bueno para la ciencia, esta abjuración es, a su vez, motivo de desengaño popular, lo cual es malo para la sociedad y contribuye peligrosamente a poner a aquélla lejos de la pasión y la curiosidad general. Si ampliamos esta reflexión

CULTURA A LA CONTRA

Los pasos perdidos

BUENO, pues se acabaron las Navidades, sus pompas y sus galas. ¡Qué alivio! Las Navidades son un tiempo vampírico, un tiempo muerto que sale de su tumba cada año, con la exactitud de un espectro, para recordarnos que, a pesar de los posibles cambios formales en nuestra vida, el espíritu de la tradición sigue igual, y los muertos —aunque ya estén olvidados, o lo parezcan— mantienen sobre nosotros todo su imperio. Conmemoramos en estas fechas, nos dicen los magos, tratando de revalidar las cosas en razón de su antigüedad, no sólo el nacimiento del Héroe mítico que da nombre a nuestra Era, sino aún mucho más: la Navidad es descendiente de un ritual pagano que conmemora el cambio de las estaciones, el equinoccio —o el solsticio, lo he olvidado— de invierno, y la renovación del tiempo cíclico. Bueno, pues tanto peor; si ya me fastidia bastante la idea de una Historia lineal, que nos conduce necesariamente a un desenlace, más me desagrada el pensar en un tiempo cíclico, donde todo se repite de una manera inexorable, de acuerdo con leyes que lo son a fuerza simplemente de repetirse mucho.

Ya se ha acabado un año, e incluso una década, y ya estamos en los famosos ochenta. Y con el agua al cuello, esperando el apocalipsis —revelación y catástrofe a la

vez— como única solución posible, o al menos como fin de nuestros males. Estas fiestas han sido como una sala de espera —sala de los pasos perdidos, llaman los franceses a esos cuartuchos de las estaciones, donde los viajeros esperan, aburridos, el próximo y también aburrido tren—, como una antesala de los años ochenta, que los vocingleros aclaman. Y no parece que ahora tenga el cielo un color especial ni que la Tierra se estremezca con pisadas de dioses nuevos. Todo sigue igual, aunque un poco peor: todo está un poco más caro, la vida es todavía más precaria y miserable que hasta el momento, y el desconcierto ante lo que pasa —cada vez más fioso e incomprendible "lo que pasa"— no hace más que aumentar. Me temo que nos esperan todavía más años de aburrimiento, de tedio, que pretendemos en vano paliar con tontos juegos, como niños encerrados sin juguetes en su habitación: años de leer libros que no interesan, de ir a películas caras y pesadas, de ver conciertos dados por ineptos, de soportar presiones tontas, de aguantar políticos y curas en todas las esquinas. Nada va a cambiar porque cambie un año, igual que las horas no pasan porque lo diga el reloj.

Ya se ha acabado un año, y estamos como siempre. Un poco más cansados, porque en estas fiestas —a pesar de la austeridad y

del ahorro que el empobrecimiento progresivo nos impone— se ha juergueado mucho y se ha divertido uno poco, y eso cansa. Y, claro, un poco más viejos.

Hace frío, parece que más frío que nunca —pero no es verdad; cada invierno decimos lo mismo, con una preocupación por las variaciones climatológicas verdaderamente incomprendible en quien no es ni agricultor ni ecologista—, y los días se van haciendo, de manera imperceptible, cada vez más largos. Esto quiere decir que se acortan las noches y que el tiempo que tenemos reservado aquellos que con dificultad podemos soportar la hiriente luz del sol nos es administrado con usura; el año inaugura sus restricciones de tinieblas. Todo tiene pinta de cosa vieja, de tiempo ya vivido antes; si el futuro está aquí, si ya ha llegado, se parece muchísimo al pasado. Y esos retirados con boina y gabán gris que se reúnen en las plazas para coger el único rayo de sol del día nublado parecen personajes de viejísima película neorrealista y algo poética. Van a volver tiempos de miserabilismo, porque vuelve la miseria. ¡Qué aburrimiento! Habrá que emigrar, marcharse a un sitio donde los años pasen de verdad. O poner, de una vez, en marcha el cuentakilómetros del calendario, a ver si así algo cambia. ■ EDUARDO HARO IBARS.

brechtiana al campo general del pensamiento materialista —a las relaciones entre política y sociedad, entre "especialistas de la política" y ciudadanos en general—, caerán por los suelos una serie de principios, también defendidos por Brecht en algunas obras anteriores, en torno a lo que suele entenderse por dialéctica...

"Galileo Galilei" es una obra de innumerables sugerencias, con más de treinta personajes, además de figuración, que los ocho actores del GIT han desmenuzado, sin trampear un solo punto del discurso. Su trabajo se atiene escrupulosamente al gran principio del "Pequeño Organon" brechtiano: el de que "no basta vivir la parte". Lo cual, contra lo que algunos creen, no supone que "no debe virarse el personaje", ni "introducir las emociones", sino que debe haber "algo más" en la resultante global del espectáculo. Los ocho actores del GIT, en fin, con las limitaciones que la drástica reducción del reparto impone —los personajes se los distribuyen entre ellos, salvo el caso de Andrés Cienfuegos, que es "sólo" Galileo—, superan cualquier "manierismo épico" para animar una representación que tiene en su estructura, en su escenografía, en sus diapositivas, las claves del "distanciamiento".

Un punto se les escapa, inevitablemente, a los del GIT: la representación de cierta espectacularidad eclesial, de cierto refinamiento vaticano, que chocan con la vida austera de Galileo. Yo creo que es un conflicto de imágenes que forma parte de la propuesta teatral de Brecht. Pero es obvio que ocho actores no podían llegar hasta ahí. En todo caso, entre el "decorativista" y trivial "Galileo Galilei" que se estrenó en el Barceló y éste del GIT hay una enorme distancia a favor del último. Aquél era sólo cáscara. Este va, en cambio, de dentro afuera, y llega hasta donde sus medios y sus actores lo permiten.

Firman la puesta en escena: Andrés Cienfuegos, Domingo lo Giudice, Mónica Rúfalo y Raúl Perotti. Los ocho actores son: Andrés Cienfuegos, Mónica Rúfalo, Oscar Sosa, Rosa Castillo, Raúl Gómez, Javier Navarrete, José Manuel Mora y Francisco Prada. ■ JOSE MONLEON.

QUE te pasa, Critilo? —dice Fabio.
—Estoy preocupado. Ha habido un cura que me ha escrito una larguísima carta amenazándome con el fuego eterno.

—¿Y eso te preocupa?
—El fuego eterno, no; pero la eterna estupidez y el inagotable sadismo humano me preocupan mucho. Son, con la muerte, las fundamentales razones de mi pesimismo, ya sabes.

—En ese caso —dice Fabio, sacándose una revista del bolsillo—, tal vez no sea oportuno hablarte hoy de otro señor, no sé si cura o seglar, que anda por ahí haciendo alusiones a estas tertulias nuestras.

Las ha llamado, sin nombrarnos, chácharas de snobs.

—Pues que Santa Lucía le conserve la católica vista a ese señor tan agudo —dice Critilo, rechazando la revista—. Ya, ya sé de quién se trata. Para chácharas, las tuyas. Y para snobs, que vaya a buscarlos entre sus amigos los católicos piores, porque lo que es aquí, como buenos ateos que somos, siempre nos hemos tomado el tema de Dios en serio, aunque procurando no perder nunca del

todo el sentido del humor, que es una de las pocas cosas que el Señor nos ha dejado para defendernos de sus muchos ultrajes. Por ejemplo, de cuando nos suele mandar un dolor de muelas o un cólico nefrítico. Yo digo siempre en estos casos: gracias a Dios. Si creyera en Él, diría otra cosa.

—Pero este católico y apostólico señor ve la cuestión desde otro ángulo —dice Fabio—. El cree, sin duda, que para hablar de Dios (si es en contra, se entiende) hay que pasar antes por el seminario y estudiar teología. O a lo mejor cree que hay que ser Hans Küng y escribir novecientas páginas como mínimo. O sea, que Dios es cosa de especialistas, y nosotros hemos tenido el atrevimiento, "tan frecuente entre españoles" (como decía el otro infame cura de la carta), de hablar de lo que no sabemos.

—Sólo sé que no sé nada, ya lo dijo Kant —dice Critilo.

—Sócrates.

—Sócrates y Kant y cualquier persona con dos dedos de frente —insiste Critilo—. Ignoramus, ignorabimus, y no hay teologías que valgan. Sólo un "iluminado" puede pretender ser especialista en Dios. En todo caso, si existe la especialidad y sale a concurso la cátedra, yo me presento a esa oposición, aunque lleve como contrincante a Hans Küng, a María Magdalena o a cualquier otro sabio, santa o santurrón de antaño o de hogaño.

—¿Tanto sabes de Dios, Critilo?

—Lo mismo que ellos. Es decir, nada. Todos conocemos los argumentos a favor y en contra.

Yo, aunque a veces me llamo ateo para provocar a los inquisidores y desenmascarar a los católicos progres, en puridad soy un agnóstico. Y eso, desde que llegué a la edad de la razón, no precisamente por los caminos de la libertad. Como aquel filósofo griego citado por Diógenes Laercio, nada puedo decir sobre los dioses, ni si existen ni si no existen.

—Lo cual demuestra que no existen —apostilla Fabio.

—Seguramente. O a lo mejor juegan al escondite, como los extraterrestres. Pero, en fin, vamos a dejarlo en un empate. Pues no, ahora viene la santa Iglesia católica y asegura que

no, que la existencia de Dios puede probarse racionalmente. Y no sólo lo asegura, sino que lo declara dogma de fe. "Quien afirme que el único y verdadero Dios no puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana a través de las criaturas, sea anatema". ¡Vaya por Dios! ¡Y qué dogma más superparadójico! Porque si realmente puede probarse, que lo prueben; no hacen falta dogmas para eso. Es como si declaramos

dogma de fe el principio de Arquímedes. Pues, señor, métase usted en el baño y diga "eureka" en lugar de "anatema". Pero estos católicos, ¡siempre condenando a los que no piensan como ellos! Y parecía que íbamos a cambiar, pero sí, sí: naranjas de la China. Basta con que los provoques un poco y ya están todos, hasta los más piores, negándote el pan y la sal. No lo digo por Hans Küng, que es un tío de pecho en pecho, el pensador católico más inteligente y honesto que me he echado a la cara. Lo digo y se lo digo a casi todos los católicos progres de este eterno país de las nacionalidades y regiones. Queridos hermanos en Cristo: yo os pediría sencillamente, que os quitéis la careta y reconozcáis que no podéis aceptar a un individuo que, sin ser Ernst Bloch ni Bertrand Russell, no cree en la existencia de Dios y lo dice sin ambages y se declara ateo militante y quiere hacer proselitismo, no por razones políticas, ni por razones sociales, ni por razones psicológicas, sino por razones de amor a la verdad. Y añadiría algo para ese señor de la revista, profesional del catolicismo progre, según pare: "¿Por qué habla usted de Dios y no habla nunca del infierno? ¿No será más coherente con sus creencias el cura de la carta, que me amenaza con él? Usted se llama cristiano. Pues bien: Jesucristo creía en el infierno. Usted se considera miembro de la Iglesia católica. Pues bien: es dogma de fe para los católicos que existe el infierno y que hay fuego en él. ¿No será que usted, como tantos católicos a medias, quiere nadar y guardar la ropa? Casi prefiero a Wojtyła". ■



Interrogatorio en la Inquisición.

CRITILLO, CRITICADO (II)

JOSE MARIA VAZ DE SOTO